

REFLEXIONES BIBLIOAMERICANAS

Bibliotecas personales o privadas en América Latina

*Maestro Robert Endean**

El bibliotecario inglés Edward Edwards (1812-1886) fue un ardiente promotor de que las bibliotecas de particulares terminaran sus días integrándose a las bibliotecas de carácter público. En consecuencia, se ha vuelto común asumir en el mundo que los dueños de bibliotecas las den en vida, o por medio de su testamento, al engrandecimiento de la cosa pública.

De cierto, las bibliotecas personales o privadas son importantes repositorios en los que los intelectuales que viven en América Latina, o que tratan de temas latinoamericanos, hacen acopio de valiosas, curiosas y raras fuentes documentales que reúnen para hacer sus trabajos, por mera curiosidad o con un afán coleccionista.

Algunos investigadores han pretendido encontrar el pensamiento de los dueños de esas bibliotecas en sus componentes, pero no hay nada más que preconcepciones peregrinas en esos intentos, ya que una biblioteca personal o privada se inserta en el universo de relaciones del intelectual que la posee, lo que ocasiona que reciba muchos libros regalados, para hacer reseñas o de compromiso, además de que le llegan publicaciones periódicas de las editoriales amigas o en las que se colabora eventualmente, al igual que ingresan, no por el impulso recolector del dueño, otros muchos documentos.

Observamos que en contra de esta tendencia instaurada por Edwards hay dos visiones distintas en nuestra región. Así, en julio del 2009 el poeta mexicano David Huerta escribió una opinión en la prensa para manifestarse en contra de las bibliotecas privadas, debido al problema que ocasionan a sus dueños por la incertidumbre sobre el futuro que tendrán luego de faltar ellos. Al respecto, apuntó que “algunos... deciden donar o regalar libros a puñados. Venderlos suele ser mal negocio; en algunos casos, de plano es mejor dárselos al librero a quien más confianza se le tenga. Pues aquí no se trata de dinero, sino de otro valor: El valor depositado en los libros por

sus autores y por sus lectores. Ni pensar en la despedazada red de las bibliotecas públicas”.

Por su parte, el académico colombiano José M. Maya M. publicó en abril de 2014 su sugerencia para acabar con las bibliotecas personales, partiendo de cuestionar si se justifica seguir guardando libros en los espacios cada vez más reducidos de las casas, apartamentos y oficinas para uso de pocas personas y para acumular polvo y deteriorarse sin servirle a nadie más. Al respecto, este intelectual cree que no debe ser así, sino que después de leer un libro y extraer lo que nos interesa, habría que dejarlo seguir su camino a las manos de más lectores a través de bibliotecas públicas o de centros educativos. En este sentido, opina que sólo hay que dejar en nuestras bibliotecas personales aquellos textos de consulta frecuente o libros que tengan algún valor sentimental, debiéndose compartir el resto con los demás para que los libros cumplan una función social.

Tenemos así que son contados los poseedores de bibliotecas que en México ven como opción viable el donar sus libros a las instituciones públicas (incluidas las bibliotecas), lo cual explica que en el último lustro los gobiernos federal, estatales y municipales hayan comprado bibliotecas personales para su incorporación a bibliotecas institucionales de carácter público, y para centros o casas de cultura.

Esto mismo ha ocurrido en Colombia, donde sabemos que la biblioteca del ex presidente Carlos Lleras Restrepo fue adquirida por la Universidad Jorge Tadeo Lozano en 1996. Es de notar que Lleras Restrepo reunió una colección de más de 14 mil volúmenes, entre los que se hallan un código naviero de 1886 y un código de derecho francés de 1857.

En noviembre de 2014, luego de la venta del archivo de Gabriel García Márquez a la Universidad de Texas, la ministra de Cultura y la directora de la Biblioteca Nacional de Colombia lamentaron lo ocurrido, pero nada dije-

* Maestro en Bibliotecología. Vicepresidente de la Academia Mexicana de Bibliografía de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Presidente de la Sección de Políticas de Información de la Asociación Mexicana de Bibliotecarios.

ron de su biblioteca. Al respecto, el bogotano Iván Granados trabajó durante años como bibliotecario personal de García Márquez en la ciudad de México, realizando la organización de su biblioteca. Según relató en 2007, la biblioteca tenía 3 mil 415 títulos y los autores favoritos del escritor eran Ernest Hemingway, William Faulkner, Ryszard Kapuscinski, Graham Green y Sándor Márai.

Esta situación de compra de bibliotecas personales parece ser la misma en otros países, pues la Universidad de Mar de Plata compró en 2002 una colección de libros que pertenecieron al arquitecto Fernando Pereyra Iraola. No obstante, en Argentina también observamos que la biblioteca de Jorge Luis Borges está en una Fundación con su nombre, y que en febrero de 2015 se difundió la noticia de que las bibliotecas personales de Ernesto Sabato, Manuel Mujica Lainez y Tomás Eloy Martínez son conservadas por sus hijos, pero no están catalogadas ni pueden consultarse. En estos tres casos, se prefiere que la biblioteca pase a ser de una fundación o se convierta en un museo.

Un contraejemplo de lo mencionado sobre Argentina es el de la Biblioteca de Maestros, que ha recibido a lo largo de su historia donaciones de las colecciones privadas de varios intelectuales y profesionistas, como Alejandra Pizarnik, Hortensia Lacau y Cecilia Braslavsky.

Cruzando las aguas, notamos que los libros del uruguayo Mario Benedetti están en la Fundación que lleva su nombre, la cual se propuso instalar su biblioteca personal, que tiene más de 10 mil ejemplares, en una casa que se compró con el dinero de la venta del departamento donde vivía el autor. No obstante, hasta diciembre de 2014 aún se estaba reciclando ese inmueble y la Fundación lanzó una campaña de recolección de fondos para poder concluir esos trabajos. Por ahora, funciona en el

edificio de la Asociación de Autores de Uruguay, en Montevideo.

En Bolivia, el Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia adquirió entre muchas otras, las Bibliotecas de Alcides Argueda y Guillermo Lora, que se hallan dispuestas en las salas que llevan sus nombres.

Otro ejemplo de que la premonición de Edwards también funciona en el territorio latinoamericano se tiene en la acción del reconocido escritor Mario Vargas Llosa, quien donó en 2012 su biblioteca a su ciudad natal Arequipa, en Perú, luego del homenaje que recibió el año anterior. Esta biblioteca, según el escritor, consta de 30 mil volúmenes distribuidos en tres países. Asimismo, se comprometió a seguir alimentando sus colecciones.

De la consideración de estos casos, notamos que hay tres marcadas tendencias en la región:

1. Mantener las bibliotecas personales o privadas en fundaciones o museos.
2. Vender las bibliotecas a los gobiernos.
3. Donar las bibliotecas a las bibliotecas públicas.

Desgraciadamente, cuando esas bibliotecas son compradas o se reciben en donación en bibliotecas institucionales, es común que se anule y pierda la incipiente o rica organización que le diera su dueño, a pesar de que su estudio y descripción podría servir para mostrar el ingenio de nuestras mentes más preclaras para abrirse caminos hacia el conocimiento.

Quizá algún día los bibliotecarios latinoamericanos descubran la riqueza de estos pequeños laboratorios de nuestros intelectuales y dediquen su atención a recuperarlos no únicamente para su apertura pública, sino para indagar sobre su conformación y ordenación.

